

gros los dientes, y llaman mujer al que los tiene blancos, como en Curiana, y al que sufre barba, como español, animal. Hacen negros los dientes con zumo ó polvo de hojas de árbol, que llaman abí, las cuales son blandas como de terebinto y hechura de arrayan. A los quince años, cuando comienzan á levantar la cresta, toman estas yerbas en la boca, y tráenlas hasta ennegrecer los dientes como el carbon; dura después la negrura toda la vida, y ni se pudren con ella ni duelen. Mezclan este polvo con otro de cierto palo y con caracoles quemados, que parece cal, y así abrasa la lengua y labrios al principio. Guárdanlo en espuestas y cestas de caña y verga, para vender y contratar en los mercados, que de muy lejos vienen por ello con oro, esclavos, algodón y otras mercaderías. Las doncellas van de todo punto desnudas; traen senogiles muy apretados por debajo y encima de las rodillas para que los muslos y pantorrillas engorden mucho, que lo tienen por hermosura; no se les da nada por la virginidad. Las casadas traen zaragüelles ó delantales, viven honestamente; si cometen adulterio llevan repudio; el cornudo castiga á quien lo hizo. Los señores y ricos hombres toman cuantas mujeres quieren; dan al huésped que á su casa viene, la mas hermosa; los otros toman una ó pocas. Los caballeros encierran sus hijas dos años antes que las casen, y ni salen fuera, ni se cortan el cabello durante aquel encerramiento. Convidan á las bodas sus deudos, vecinos y amigos. De los convidados, ellas traen la comida y ellos la casa. Digo que presentan ellas tantas aves, pescado, frutas, vino y pan á la novia, que basta y sobra para la fiesta; y ellos traen tanta madera y paja, que hacen una casa donde meter los novios. Bailan y cantan á la novia mujeres y al novio hombres; corta uno los cabellos á él y una á ella, por delante solamente; que por detrás no les tocan. Atavianlos muy bien segun su traje; comen y beben hasta emborrachar. En siendo noche dan al novio su esposa por la mano, y así quedan velados; estas deben ser las mujeres legítimas, pues las demás que su marido tiene, las acatan y reconocen. Con estas no duermen los sacerdotes, que llaman piaches, hombres santos y religiosos, como después diré, á quien dan las novias á desvirgar, que lo tienen por honrosa costumbre. Los reverendos padres toman aquel trabajo por no perder su preminencia y devoción, y los novios se quitan de sospecha, queja y pena. Hombres y mujeres traen ajorcas, collares, arracadas de oro y perlas si las tienen, y si no, de caracoles, huesos y tierra, y muchos se ponen coronas de oro ó guirlandas de flores y conchas. Ellos traen unos anillos en las narices, y ellas bronchas en los pechos, con que á prima vista se diferencian. Corren, saltan, nadan y tiran un arco las mujeres tan bien como los hombres, que son en todo diestros y sueltos. Al parir no hacen aquellos extremos que otras, ni se quejan tanto; aprietan á los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodón para ensancharles la cara, que lo tienen por hermosura. Ellas labran la tierra y tienen cuidado de la casa; ellos cazan ó pescan cuando no hay guerra, aunque á la verdad son muy holgazanes, vanagloriosos, vengativos y traidores; su principal arma es flecha enhiervolada. Aprenden de niños, hombres y mu-

jerres, á tirar al blanco con bodoques de tierra, madera y cera. Comen erizos, comadreas, morciégalos, langostas, arañas, gusanos, orugas, avejas y piojos crudos, cocidos y fritos. No perdonan á cosa viva por satisfacer á la gula; y tanto mas es de maravillar que comen semejantes sabandijas y animales sucios, cuanto tienen buen pan y vino, frutas, peces y carne. El agua del río Cumaná engendra nubes en los ojos; y así, ven poco los de aquella ribera, ó que lo haga lo que comen. Cierran los huertos y heredades con un solo hilo de algodón, ó bejuco que llaman, no en mas alto que á la cintura. Es grandísimo pecado entrar en tal cercado por encima ó por debajo de aquella pared, y tienen creído que muere presto quien la quebranta.

La caza y pesca de cumaneses.

Son cumaneses muy continos y certeros cazadores; matan leones, tigres, pardos, venados, javalís, puercoespín, y toda cuatroepea, con flecha, red y lazo. Toman un animal que llaman capa, mayor que asno, veloso, negro y bravo, aunque huye del hombre; tiene la pata como zapato francés, aguda por detrás, ancha por delante y algo redonda. Persigue los perrós de acá, y una capa mata tres y cuatro dellos juntos. Usan una montería deleitosa con otro animal dicho arañata, que por su gesto y astucia debe ser del género de monas; es del tamaño de galgo, hechura de hombre, en boca, piés y manos, tiene honrado gesto y la barba de cabron, andan en manadas, aullan recio, no comen carne, suben como gatos por los árboles, huyen el cuerpo al montero, toman la flecha y arrójanla al que la tiró graciosamente; paran redes á un animal que se mantiene de hormigas, el cual tiene un hocico de palmo, y un agujero por boca; pónense en los hormigueros ó hueco de árboles donde las hay, saca la lengua y traga las que suben; arman lazos en sendas y bebederos á unos gatos monteses, como monos, cuyos hijos son de gran pasatiempo y recreación, graciosos y regocijados; andan con ellos las madres abrazadas de árbol en árbol. Cazan otro animal muy feo de rostro, gesto de zorro, pelo de lobo sarnoso, hediondísimo, y que caga culebras delgadas y largas y de poca vida. Los frailes dominicos tuvieron uno dellos en Santa Fe, que por no poder sufrir el hedor le mataron, y vieron ir al campo las culebrillas que cagó, mas luego se murieron; y siendo tal, lo comen los indios. También hay otro animal cruel, de que se mucho espantan; de miedo del cual llevan tizonas de noche por el camino do los hay; nunca parece de día, y pocas veces de noche, y entonces muy temprano; anda por las calles, llora muy recio como un niño para engañar la gente, y si alguno sale á ver quién llora, cómeselo. No es mayor que galgo, segun fray Tomás Ortiz y otros frailes dominicos y franciscos contaban; comen encubiertos, que hay muchos. Hay tantas yaguanas, que destruyen la hortaliza y sembrados; son golosas por melones que llevaron de acá; y así, matan muchas en melonares; son mañosos en tomar aves con liga, redes y arco. Es tanta la volatería, especial de papagayos, que pone admiración; y unos como cuervos, pico de águila, grandor de pato, perzozos en volar como abutardas; mas que viven de rapi-

ña y huelen á almizcle. Los morciélagos son grandes y malos, muerden recio, chupan mucho. En Santa Fe de Chiribichi acaesció á un criado de los frailes que teniendo mal de costado, no le hallaron vena para sangrar, y dejáronlo por muerto: vino un morciélagos y mordióle aquella noche del tobillo, que topó descubierto; harto se, dejó abierta la vena, y salió tanta sangre por allí, que sanó el doliente; caso gracioso, y que los frailes contaban por milagro. Hay cuatro suertes de mosquitos dañosos, y los menores son peores; los indios, porque no los piquen durmiendo en el campo, se entierran ó se cubren de yerba ó rama. Hay dos maneras de abispas; unas malas que andan por el campo, y otras peores que no salen de poblado; tres diferencias de abejas; las dos crían en colmenas buena miel, y la otra es chiquita, negra, silvestre, y saca miel sin cera por los árboles. Las arañas son mucho mayores que las nuestras, de diversas colores y hermosas á la vista; tejen sus telas tan recias, que han menester fuerzas para rompellas. Hay unas salamandras como la mano, que mordiendo matan, y cacarean de noche como pollas. Pescan de muchas maneras, con anzuelos, con redes, con flechas, fuego y ojeo; no pueden pescar todos ni en todas partes, ca en Anoantal, donde anduvo Antonio Sedeño, al que pesca sin licencia del señor es pena que le coman. Juntanse para pescar á ojeo muchos que sean grandes nadadores, y todos lo son por amor desto y de las perlas; y á los tiempos de cada pescado, como de besugos en Vizcaya, ó en Andalucía de atunes, entran en la mar, pónense en hila, nadan, chillan, apalean el agua, cercan los peces, encierranlos como en jábega, y poco á poco los sacan á tierra, y en tanta cantidad, que espanta; esta es la mas nueva manera de pescar que he oido. Peligran muchos, porque ó se los comen lagartos, ó los destripan otros peces por huir, ó se ahogan. Otra manera de pescar tienen extraña, empero segura, y como ellos dicen, caballerosa: van de noche en barcas con tizonas y tudas ardiendo; encandilan los peces, que, abobados ó ciegos de la vislumbre, se paran y vienen á las barcas, y allí los flechan y harponan; todos los peces desta pesca son muy grandes; sálanlos ó desécánlos al sol, enteros ó en tasajos; unos asan para que se conserven, y otros cuecen y amasan; adóbanlos, en fin, porque no se corrompan, para vender entre año. Toman grandísimas anguilas ó congrios, que se suben de noche á las barcas, y aun á los navios; matan los hombres y cómenselos.

De cómo hacen la yerba ponzoñosa con que tiran.

Las mujeres, como dije, tienen por la mayor parte el cuidado y trabajo de la labranza; siembran maíz, ají, calabazas y otras legumbres; plantan batatas, y muchos árboles que riegan de ordinario; pero el de que mas cuidado tienen es del hay, por amor de los dientes. Crían tunás y otros árboles que, punzados, lloran un licor como leche, que se vuelve goma blanca, muy buena para sahumar los ídolos; otro árbol mana un humor que se pone como cuajadillas, y es bueno de comer; otro árbol hay, que algunos llaman guarcima, cuya fruta parece mora, y aunque dura, es de comer, y hacen della arrope, que sana la ronquera; de la ma-

dera, estando seca, sacan lumbre como de pedernal; otro árbol hay muy alto y oloroso que parece cedro, cuya madera es muy buena para cajones y arcas de ropa, por su buen olor; empero si meten pan dentro, no hay quien lo coma de amargo; es eso mismo buena para naos; que no la come broma ni se carcome. Hay también otro árbol que echa liga, con que toman pájaros y con que se untan y empluman; es grande y no pasa de diez años. Lleva de suyo la tierra cañafistolos, mas ni comen la fruta ni conocen su virtud. Hay tantas rosas, flores y olorosas yerbas, que dañan la cabeza y que vencen al almizcle, aunque lo traigan en las narices; hay tantas langostas, orugas, cocós, arañuelos y otros gusanos, que destruyen los frutales y sembrados, y gorgojo que roe el maíz; hay un manadero de cierto betun, que encendido, arde y dura como fuego de alquitran, del cual se aprovechan para muchas cosas. Tiran con yerba de muchas maneras, simple y compuesta: simples son sangre de las culebras que llaman áspides, una yerba que parece sierra, goma de cierto árbol, las manzanas ponzoñosas que dije, de santa Marta; la mala es hecha de la sangre, goma, yerba y manzanas que digo, y cabezas de hormigas venenosísimas. Para conficionar esta mala yerba encierran alguna vieja, danle los materiales y leña con que lo cueza; ella los cuece dos y tres días, y hasta que se purifiquen; si la tal vieja muere del tufo ó se desmaya reciamente, loan mucho la fuerza de la yerba; mas si no, derrámanla y castigan la mujer. Esta debe ser con que tiran los caribes y á la que remedio no hallaban españoles; cualquiera hombre que de la herida escapa, vive doloroso; no ha de tocar mujer, que no se refresque la llaga, no ha de beber ni trabajar, que no lllore. Las flechas son de palo recio y tostado, de juncos muy duros, y creo que los que traen acá para gotosos y viejos; pónenles por hierro pedernal y huesos de peces duros y encontrados. Los instrumentos que tañen en guerra y bailes son flautas de huesos de venados, flautones de palo como la pantorrilla, caramillos de caña, atabales de madera muy pintados y de calabazas grandes, bocinas de caracol, sonajas de conchas, y ostiones grandes. Puestos en guerra son crueles; comen los enemigos que matan y prenden, ó esclavos que compran; si están flacos engórdanlos en caponera, que así hacen en muchos cabos.

Bailes é ídolos que usan.

En dos cosas se deleitan mucho estos hombres, en bailar y beber; suelen gastar ocho dias arreo en bailes y banquetes. Dejo las danzas y corros que hacen ordinariamente, y digo que para hacer un areito á bodas, ó coronación del Rey ó señor alguno, en fiestas públicas y alegrías se juntan muchos y muy galanes; unos con coronas, otros con penachos, otros con patenas al pecho, y todos con caracoles y conchas á las piernas, para que suenen como cascabeles y hagan ruido. Tiznanse de veinte colores y figuras; quien mas feo va, les parece mejor. Danzan sueltos y trabados de la mano, en areo, en muela, adelante, atrás; pasean, saltan, voltean; callan unos, cantan otros, gritan todos. El tono, el compás, el meneo es muy conforme y á un tiempo,

aunque sean muchos. Su cantar y el son tiran á tristeza cuando comienzan, y paran en locura. Bailan seis horas sin descansar, algunos pierden el aliento; el que mas baila es mas estimado. Otro baile usan harto de ver, y que parece un ensayo de guerra. Alléganse muchos mancebos para festejar á su cacique, limpian el camino, sin dejar una paja ni yerba. Antes un rato que lleguen al pueblo ó á palacio comienzan á cantar bajo, y á tirar los arcs al paso de la ordenanza que traen. Suben poco á poco la voz hasta gair; canta uno y responden todos; truecan las palabras, diciendo: «Buen señor tenemos, tenemos buen señor, señor tenemos bueno.» Adelántase quien guía la danza, y camina de espaldas hasta la puerta. Entran luego todos haciendo seiscientos momerías: unos hacen del ciego, otros del cojo; cuál pesca, cuál teje, quién ríe, quién llora, y uno ora muy en seso las proezas de aquel señor y de sus antepasados. Tras esto siéntanse todos como sastres ó en cucullas. Comen callando y beben hasta emborrachar. Quien mas bebe es mas valiente y mas honrado del señor que les da la cena. En otras fiestas, como de Baco, que acostumbran emborracharse todos, están las mujeres y aun las hijas para llevar borrachos á casa sus maridos, padres y hermanos, y para escanciar; aunque muchas veces se dan uno á otro de beber por la órden que asentados están, que casi es «yo bebo á vos» de Francia; empero siempre al primero da vino una mujer. Riñen después de beodos. Apuñéanse, desafiense, trátanse de hiesputas, cornudos, cobardes y semejantes afrentas. No es hombre el que no se embriaga, ni alcanza lo venidero, como piaches dicen. Muchos gomitan para beber de nuevo; beben vinos de palma, yerba, grano y frutas. Para mas abundancia toman humo por las narices, de una yerba que mucho encalabria y quita el sentido; cantan las mujeres cantares tristes cuando los llevan á casa, y tañen unos sones que provocan á llorar. Idolatran reciamente los de Cumaná. Adoran sol y luna; tiénelos por marido y mujer y por grandes dioses. Temen mucho al sol cuando truena y relampaguea, diciendo que está dellos airado. Ayunan los eclipses, en especial mujeres; que las casadas se mesan y arañan, y las doncellas se sangran de los brazos con espinas de peces; piensan que la luna está del sol herida por algun enojo. En tiempo de algun cometa hacen grandísimo ruido con vocinas y atabales y grita, creyendo que así huye ó se consume; creen que las cometas denotan grandes males. Entre los muchos ídolos y figuras que adoran por dioses, tienen una aspa como la de sant Andrés, y un signo como de escribano, cuadrado, cerrado é atravesado en cruz de esquina á esquina, y muchos frailes y otros españoles decían ser cruz, y que con él se defendían de las fantasmas de noche, y lo ponían á los niños en naciendo.

Sacerdotes, médicos y nigrománticos.

A los sacerdotes llaman piaches: en ellos está la honra de las novias, la sciencia del curar y la de adivinar; invocan al diablo, y, en fin, son magos y nigrománticos. Curan con yerbas y raíces crudas, cocidas y molidas, con sain de aves y peces y animales, con palo,

y otras cosas que el vulgo no conoce, y con palabras muy revesadas y que aun el mesmo médico no las entiende; que usan de encantadores. Lamen y chupando hay dolor, para sacar el mal humor que lo causa; no escupen aquello donde el enfermo está, sino fuera de casa. Si el dolor crece, ó la calentura y mal del doliente, dicen los piaches que tiene espíritus, y pasan la mano por todo el cuerpo. Dicen palabras de encante, lamen algunas coyunturas, chupan recio y menudo, dando á entender que llaman y sacan espíritu. Toman luego un palo de cierto árbol, que nadie sino el piache sabe su virtud, friéganse con él la boca y gatzates, hasta que lanzan cuanto en el estómago tienen, y muchas veces echan sangre: tanta fuerza ponen ó tal propiedad es la del palo. Sospira, brama, tiembla, pateo y hace mil bascas el piache; suda dos horas hilo á hilo del pecho, y en fin, echa por la boca una como flema muy espesa, y en medio della una pelotilla dura y negra, la cual llevan al campo los de la casa del enfermo, y arrójanla diciendo: «Allá irás, demonio; demonio, allá irás.» Si acierta el doliente á sanar, dan cuanto tienen al médico; si muere, dicen que era llegada su hora. Dan respuesta los piaches si les preguntan; mas en cosas importantes, como decir si habrá guerra ó no, y si la hubiere, qué fin terná; el año si será abundante ó falto, ó enfermo; si habrá mucha pesca, si la venderán bien. Previenen la gente antes que vengan los eclipses, avisan de las cometas, y dicen muchas otras cosas. Los españoles, estando en deseo y necesidad, les preguntaron una vez si vernían presto naos, y les dijeron que para tal día vernía una carabela con tantos hombres y con tales bastimentos y mercaderías; y fué así como dijeron, que vino el mesmo dia que señalaron, y trajo los hombres puntualmente y cosas que dijeron. Invocan al diablo desta manera. Entra el piache en una cueva ó cámara secreta una noche muy oscura; lleva consigo ciertos mancebos animosos, que hagan las preguntas sin temor. Siéntase él en un banquillo, y ellos están en pié. Llama, voceo, reza versos, tañe sonajas ó caracol, y en tono lloroso dicen muchas veces: «Prororure, prororure», que son palabras de ruego. Si el diablo no viene á ellas, vuelve el son; canta versos de amenazas con gesto enojado, hace y dice grandes fieros y meneos. Cuando viene, que por el ruido se conoce, tañe muy recio y apriesa, y luego cae, y muestra estar preso del demonio, segun las vueltas que da y visajes que hace. Llega entonces á él uno de aquellos hombres, y pregunta lo que quiere, y él responde. Fray Pedro de Córdoba, fraile dominico, quiso aclarar este negocio; y cuando el piache estuvo en el suelo arrebatado del espíritu maligno, tomó una cruz, estola y agua bendita; entró con muchos indios y españoles, echó una parte de la estola al piache, santiguóle, conjuróle en latin y en romance. Respondióle el endemoniado en indio muy concertadamente. Preguntóle al cabo dónde iban las almas de los indios, é dijo que al infierno, y con tanto se fenesció la plática, y el fraile quedó satisfecho y espantado, y el piache atormentado y quejoso del diablo, que tanto tiempo lo tuvo así. Esta es la santidad de los piaches. Llevan precio por curar y adivinar, y así son ricos. Van á los banquetes, pero siéntanse aparte y por sí; embriéganse

terriblemente, é dicen que cuanto mas vino tanto mas adevino. Gozan la flor de mujeres, pues les dan que prueben las novias. No curan á parientes, y nadie puede curar si no es piache; aprenden la medecina y mágica desde muchachos, y en dos años que están encerrados en bosques, no comen cosa de sangre, no ven mujer, ni aun á sus madres ni padres; no salen de sus chozas ó cuevas; van á ellos de noche los maestros y piaches viejos á enseñarles. Cuando acaban de aprender, ó es pasado el tiempo del silencio y soledad, toman testimonio dello, y comienzan á curar y dar respuestas como doctores. Tanto como dicho tengo, y mas que callo, afirmaron en consejo de Indias fray Tomás Ortiz y otros frailes dominicos y franciscos; y dióseles crédito, por ser cierto que los diablos entran algunas veces en hombres, y dan respuestas que suelen salir verdaderas. Digamos ya de las sepulturas, donde todos imos á parar, y concluyamos con las costumbres de Cumaná. Endeclan los muertos, cantando sus proezas y vida; y ó los sepultan en casa, ó desecados al fuego, los cuelgan y guardan; lloran mucho al cuerpo fresco. Al cabo del año, si es señor el que se enterró, júntese muchos que para esto son llamados y convidados, con tal que cada uno se traiga su comer, y en anocheciendo desentieran el muerto con muy gran llanto. Trábanse de los piés con las manos, meten las cabezas entre las piernas, y dan vueltas al rededor; deshacen la rueda, patean, miran al cielo y lloran voz en grita. Quemán los huesos, y dan la cabeza á la mas noble ó legítima mujer, que la guarde por reliquias en memoria de su marido. Creen, juntamente con esto, que la ánima es inmortal; empero que come y bebe allá en el campo donde anda, y que es el eco que responde al que habla y llama.

Paria.

Armó Cristóbal Colon seis naves á costa de los Reyes Católicos, sin otras dos que delante despachara á su hermano Bartolomé. Partió de Cádiz año de 1497; algunos añaden un año, y otros lo quitan. Dejó el camino de Canaria, por unos cosarios franceses que robaban yentes y vinientes de Indias y de aquellas islas; fué derecho á la Madera, otra isla mas al norte. Envió de allí tres carabelas á la Española, y él tornó la via de Cabo Verde con otras tres naos. Llevaba propósito de topa la tórrida zona navegando siempre al mediodía, y saber qué tierras ternía. Salíó de la isla Buena-Vista, y habiendo corrido mas de docientas leguas al sudeste, hallóse á cinco grados de la Equinocial y sin viento ninguno. Era por junio, y hacia tanto calor, que no lo podían sufrir. Reventaban las pipas, vertíase el agua, ardía el trigo, y por miedo que no se aprendiese fuego en los navíos, echáronlo en la mar con otra mucha ropa, y aun con todo eso cuidaron perescer, y se acordaron de los antiguos, que afirmaban cómo la tórrida tostaba y quemaba los hombres, y se arrepintieron por haber ido allá. Duró la calma y calor ocho dias: el primero fué claro y los otros anublados y lloviosos, con que se avivaba el ardor, como el fuego de la fragua con el hisopo del herrero. Estando en esto, envióles Dios un solano, con que navegaron hasta ver la isla que llamó Colon

HA.

Trinidad, por devoción ó voto que hizo á su majestad en la tribulacion, y porque á un mesmo tiempo vió tres montes altos. Tomó tierra por tomar agua, que morían de sed, entre unos grandes palmares. Era el río salobre y malo, por lo cual se llamó Salado. Rodeó la isla, y entró en el golfo de Paria por la boca que llamó del Dragon; halló agua, frutas, flores, muchas aves y animales nuevos. Era la tierra tan fresca y olorosa, que tuvo creído ser allí el paraíso terrenal; y así lo afirmaba cuando á España preso vino. Afirmaba eso mesmo que no era redondó el mundo como pelota, sino como pera, pues en todo aquél viaje habia siempre navegado hácia arriba, y que Paria era el pezon del mundo, pues della no se veía el norte. Tres cosas decia harto notables, si verdaderas. Cierto es que la tierra toda en sí, juntamente con la mar, es redonda, segun al principio lo proveyó Dios; que de otra manera y hechura no la pudiera alumbrar toda el sol, como la alumbrá, de una sola vuelta que le da; que Paria esté mas alta que España, ser no puede, pues en figura redonda no hay un punto mas alto que otro revolviéndola. El mundo es redondísimo, luego igual; y así, está nuestra España tan cerca del cielo como su Paria, aunque no tan debajo el sol. De aquesta falsa opinion de Cristóbal Colon debió quedar creído en hombres sin letras que iban de España á las Indias cuesta arriba, y venían cuesta abajo. Tenia tanta gana y necesidad de verse en tierra, que se le antojó Paria paraíso; y ¿quién no tenia por paraíso tal tierra, saliendo de tan trabajoso mar? Ninguno se atreve á señalar lugar cierto á paraíso, aunque sant Augustin, *Sobre el Génesis*, apunta que toda la tierra es paraíso de deleite, y otros, asidos dél, lo creen así; esto es, entendiendo la letra de la Escritura al pié; que alegóricamente unos dicen que el paraíso es la Iglesia, otros que el cielo, y otros que la gloria. Nombró Colon Boca del Drago porque lo parece aquel embocamiento del golfo, y porque pensó ser tragado el entrar de la grandísima corriente. Allí comienza la mar á crescer hácia el estrecho de Magallanes, que muy poco cresce en lo que habemos costado. El suelo, temple y abundancia de Paria es como de Cumaná, y aun las costumbres, traje y religion; y así, no hay que repetirlo aquí. Año de 30 fué á Paria por gobernador y adelantado de la Trinidad Antonio Sedeño, con dos carabelas y setenta españoles. Hizo algunas entradas, mas murió malamente. Fué luego el año de 34 á gobernar allí y poblar Hierónimo de Ortal, zaragozano, con ciento y treinta españoles, y pobló en lo de Cumaná á Sant Miguel de Neveri y á otros lugares. Cristóbal Colon costeó de Paria hasta el cabo de Vela, y descubrió á Cubagua, isla de perlas, que lo infamó; y este fué el primer descubrimiento de tierra firme de Indias.

El descubrimiento que hizo Vicente Yañez Pinzon.

Ya dije que con las nuevas de las perlas y grandes tierras que descubriera Colon se acodiciaron algunos ir por lana, y vinieron, como dicen, trasquilados. Estos fueron Vicente Yañez Pinzon, y Arias Pinzon, su sobrino, que armaron cuatro carabelas á su costa en Pálos, donde nacieran. Basteciéronlas muy bien de gente, artillería, vituallas y rescate; que ricos estaban, de

los vajes que habian hecho á Indias con Cristóbal Colon. Hubieron licencia de los Reyes Católicos para descubrir y rescatar en donde Colon no hubiese estado. Partieron pues de Palos á 13 de noviembre de año de mil y quinientos menos uno, con pensamiento de traer muchas perlas, oro, piedras y otras grandes riquezas. Llegó á Santiago, isla de Cabo-Verde; llevó de allí su derrota mas al mediodía que Colon, atravesó la corrida, y fué á dar al cabo llamado de Sant Augustin la flota. Estos descubridores salieron á tierra por fin de enero; tomaron agua, leña y la altura del sol; escribieron en árboles y peñas el día que llegaron, y sus propios nombres y del Rey y Reina, en señal de posesion, maravillados y pensosos de no hallar gente por allí para tomar lengua y tino de aquella tierra y su riqueza. La segunda noche que allí durmieron, vieron no muy lejos muchos fuegos, y en la mañana quisieran feriar algo con los que al fuego estaban en ranchos; pero ellos no acarrearán á ello, antes tenían talante de pelear con muy buenos arcos y lanzas que traian. Los nuestros huyeron dello por ser hombres mayores que grandes alemanes, y de piés muy largos; ca segun después contaban los Pinzones, los tenían por tanto y medio que los suyos. Partieron de allí, y fuerou á surgir en un río poco hondable, porque muchos indios estaban en un cerro cerca de la marina. Salieron á tierra con las barcas, adelantóse un español, y arrojóles un cascabel para cebarlos. Ellos, que armados estaban, echaron un palo dorado, y arremetieron al que se abajó por él á prenderlo. Acudieron los demás españoles, y trabóse una pelea, en que murieron ocho dellos. Los indios siguieron la victoria hasta meterlos en las naos, y aun pelearon en el río: tan secutivos y bravos eran. Quebraron un esquife; valió Dios que no tenían yerba, si no, pocos escaparan de muchos que heridos quedaron. Vicente Yañez conosció cuán diferente cosa es pelear que timonear. Cativaron treinta y seis indios en otro río, dicho María Tambal, y corrieron la costa hasta llegar al golfo de Paria. Tocarón en Cabo-Primero, angla de Sant Lúcas, tierra de Humos, río Marañon, río de Orellana, río Dulce y otras partes. Tardaron diez meses en ir, descubrir y tornar. Perdieron dos carabelas, con todos los que dentro iban. Trajeron hasta veinte esclavos, tres mil libras de brasil y sándalo, muchos juncos de los preciados, mucho ánimo blanco; cortezas de ciertos árboles que parecía canela, y un cuero de aquel animal que mete los hijos en el pecho; y contaban por gran cosa haber visto árbol que no le abrazaran diez y seis hombres.

Río de Orellana.

El río de Orellana, si es como dicen, es el mayor río de las Indias y de todo el mundo, aunque metamos entre ellos al Nilo. Unos lo llaman mar Dulce, y le ponen de boca cincuenta y mas leguas; otros afirman ser el mesmo que Marañon, diciendo que nasce en Quito, cerca de Mullubamba, y que entra en la mar pocas mas de trecientas leguas de Cubagua. Pero aun no está del todo averiguado, y por eso los diferenciamos. Corre pues este río, siempre casi por bajo la Equinocial, mil y quinientas leguas, y aun mas, segun Orellana y sus compañeros contaban, á causa de las muchas y grandes

vuelatas que hace, como una culebra; ca de su nacimiento á la mar, en que cae, no hay setecientas. Tiene muchas islas: crece la marea por él arriba mas de cien leguas, á lo que dicen; con la cual suben trecientas leguas manatís, buefos y otros pescados de mar. Bien puede ser que crezca en sus tiempos como el Nilo y como el río de la Plata; pero como aun no está poblado, no está sabido. Nunca jamás, á lo que pienso, hombre ninguno navegó tantas leguas por río como Francisco de Orellana por este; ni de río Grande se supo tan presto el fin y principio como deste. Los Pinzones lo descubrieron el año de 1500; Orellana lo anduvo cuarenta y tres años después. Iba Orellana con Gonzalo Pizarro á la conquista que llamaron de la Canela, de la cual adelante dirémos; fué por bastimentos á una isla deste mesmo río en un bergantín y algunas canoas, con cincuenta españoles, y como se vió lejos de su capitan, fué por el río abajo con la ropa, oro y esmeraldas que le confiaron; aunque decia él acá que, constreñido de la gran corriente y caída del agua, no pudo tornar arriba. Hizo de las canoas otro bergantinejo; desistió de la tenencia que de Pizarro llevaba, y eligéronle por capitan. Dijo que queria probar ventura por sí, buscando la riqueza y cabo de aquel río. Así que bajó por él, y quebráronle un ojo los indios peleando; vino, por abreviar, á España, vendió por suyo el descubrimiento y gasto, presentando en consejo de Indias, que á la sazón estaba en Valladolid, una larga relacion de su viaje; la cual era, segun después pareció, mentirosa. Pidió la conquista de aquel río, y diéronsele con título de adelantado, creyendo lo que afirmaba. Gastó las esmeraldas y oro que traía, y para volver allá con armada no tenia posibilidad, ca era pobre. Casóse, y tomó dineros prestados de los que con él querian pasar, prometiéndoles cargos y oficios en su casa, gobernacion y guerra. Estuvo algunos años buscando y aparejando cómo ir. Al fin juntó quinientos hombres en Sevilla, y partióse. Murió en la mar, y desbaratóse su gente y navíos; y así, cesó la famosa conquista de las Amazonas. Entre los disparates que dijo, fué afirmar que habia en este río amazonas, con quien él y sus compañeros pelearan. Que las mujeres anden allí con armas y peleen, no es mucho, pues en Paria, que no es muy lejos, y en otras muchas partes de Indias lo acostumbaban; ni creo que ninguna mujer se corte y queme la teta derecha para tirar el arco, pues con ella lo tiran muy bien, ni creo que maten ó destierren sus propios hijos, ni que vivan sin maridos, siendo lujuriosísimas. Otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de amazonas después que se descubrieron las Indias, y nunca tal se ha visto ni se verá tampoco en este río. Con este testimonio pues escriben y llaman muchos río de las Amazonas, y se juntaron tantos para ir allá.

Río Marañon.

Está Marañon tres grados allende la Equinocial; tiene de boca quince leguas, y muchas islas pobladas. Hay en él mucho incienso y bueno, y mas granado y creciendo que en Arabia. Amasan el pan, á lo que dicen, con bálsamo ó con licor que les parece. Hanse visto en él algunas piedras finas, y una esmeralda como la palma,

harto fina. Dicen los indios de aquella ribera, que hay peñas dellas el río arriba. Tambien hay muestras de oro y señales de otras riquezas. Hacen vino de muchas cosas, y de unos dátiles tan grandes como membrillos, el cual es bueno y durable. Traen los hombres arracadas y tres ó cuatro anillos en los labrios, que tambien se los agujeran por gentileza. Duermen en camas colgadizas, y no en el suelo; que son una manta medio red colgada de las puntas en dos pilares ó árboles, y sin otra ropa ninguna; y esta manera de cama es general en Indias, especial del Nombre de Dios hasta el estrecho de Magallanes. Andan por este río malos mosquitos y niguas, que suelen mancar á los que pican si no las sacan luego, como en otro cabo está dicho. Algunos, segun poco antes apunté, dicen que todo es un río el Marañon y el de Orellana, y que nasce allá en el Perú. Muchos españoles han entrado, aunque no poblado, en este río después que lo descubrió Vicente Yañez Pinzon, año de mil y quinientos menos uno. Y el año de 1531 fué allá por gobernador y adelantado Diego de Ordas, capitan de Fernando Cortés en la conquista de la Nueva-España. Mas no llegó á él; ca primero se murió en la mar, y le echaron en ella. Llevó tres naos con seiscientos españoles y treinta y cinco caballos. Por muerte de Ordas fué allá Hierónimo Ortal de Zaragoza, el año de 34, con ciento y treinta hombres, y tampoco llegó allá, sino que se quedó en Paria, y pobló á Sant Miguel de Neveri y otros lugares, como se dijo.

El cabo de Sant Augustin.

Cae ocho grados y medio mas allá de la Equinocial el cabo de Sant Augustin. Descubriólo Vicente Yañez Pinzon en enero de 1500 años, con cuatro carabelas que sacó de Palos dos meses antes. Fueron los Pinzones grandísimos descubridores, y fueron muchas veces á descubrir, y esta navegaron mucho. Américo Vespucio, florentin, que tambien él se hace descubridor de Indias por Castilla, dice cómo fué al mesmo cabo, y que lo nombró de Sant Augustin, el año de 1, con tres carabelas que dió el rey Manuel de Portugal, para buscar estrecho en aquella costa por do ir á las Malucas, y que navegó desta hecha hasta se poner en cuarenta grados allende la Equinocial. Muchos tachan las navegaciones de Américo ó Alérico Vespucio, como se puede ver en algunos Tolomeos de Leon de Francia. Yo creo que navegó mucho; pero tambien sé que navegaron mas Vicente Yañez Pinzon y Juan Diez de Solís yendo á descubrir las Indias. De Cristóbal Colon y de Fernando Magallanes no hablo, pues todos saben lo mucho que descubrieron; ni de Sebastian Gaboto ni de Gaspar Cortes Reales, ca eran este portugués y aquel italiano, y ninguno fué por nuestros reyes. Unos ponen quinientas leguas, y otros mas, desde el río Marañon al cabo de Sant Augustin. Están en este estrecho de costa la tierra ó punta de Humos, por do es la raya de la reparticion de Indias entre Castilla y Portugal; la cual cae grado y medio tras la Equinocial, y Cabo-Primero cinco, que suele parecer siempre el primero á los que van de acá. No han poblado esta tierra por la poca muestra de oro ni plata que da. Pienso que no es tan pobre ni estéril como la hacen, pues está so buen cielo; y aun tambien

lo dejan por ser del rey de Portugal, ca le cupo á su parte en la particion, segun mas largo lo cuento en otro lugar.

El río de la Plata.

Del cabo de Sant Augustin, que cae á ocho grados, ponen setecientas leguas de costa hasta el río de la Plata. Américo dice que las anduvo el año de 1501 yendo á buscar estrecho para las Malucas y Especiería por mandado del rey don Manuel de Portugal. Juan Diez de Solís, natural de Librija, las costeó legua por legua el año de 42, á su propia costa. Era piloto mayor del Rey; fué con licencia, siguió la derrota de Pinzon, llegó al cabo de Sant Augustin, y de allí tomó la via de mediodía; y costeando la tierra, anduvo hasta ponerse casi en cuarenta grados. Puso cruces en árboles, que los hay por allí muy grandes; topó con un grandísimo río que los naturales llaman Parabaguazu, que quiere decir río como mar ó agua grande. Vido en él muestra de plata, y nombrólo della. Parecióle bien la tierra y gente, cargó de brasil y volvióse á España. Dió cuenta de su descubrimiento al Rey, pidió la conquista y gobernacion de aquel río; y como le fué otorgada, armó tres navíos en Lepe, metió en ellos mucho bastimento, armas, hombres para pelear y poblar. Tornó allá por capitan general en setiembre del año de 45, por el camino que primero. Salió á tierra en un batel con cincuenta españoles, pensando que los indios lo rescibirian de paz como la otra vez, y segun entonces mostraban; pero en saliendo de la barca, dieron sobre él muchos indios que estaban en celada, y lo mataron y comieron todos los españoles que sacó, y aun quebraron el batel. Los otros, que de los navíos miraban, alzaron anclas y velas, sin osar tomar venganza de la muerte de su capitan. Cargaron luego de brasil y ánimo blanco, y volvióronse á España corridos y gastados. Año de 26 fué Sebastian Gaboto al río de la Plata, yendo á los Malucos con cuatro carabelas y docientos y cincuenta españoles. El Emperador le dió los navíos y artillería; mercaderes y hombres que con él fueron, le dieron, segun dicen, hasta diez mil ducados, con que partiese con ellos la ganancia por rata. De aquellos dineros proveyó la flota de vituallas y rescates. Llegó, en fin, al río de la plata, y en el camino topó una nao francesa que contratava con los indios del golfo de Todos Santos. Entró por él muchas leguas. En el puerto de San Salvador, que es otro río cuarenta leguas arriba, que entra en el de la Plata, le mataron los indios dos españoles, y no los quisieron comer, diciendo, como eran soldados, que ya los habían probado en Solís y sus compañeros. Sin hacer cosa buena se tornó Gaboto á España destrozado, y no tanto, á lo que algunos dicen, por su culpa como por la de su gente. Don Pedro de Mendoza, vecino de Guádix, fué tambien al río de la Plata, el año de 35, con doce naos y dos mil hombres. Este fué el mayor número de gente y mayores navés que nunca pasó capitan á Indias. Iba malo, y volviéndose acá por su dolencia, murió en el camino. Año de 41 fué al mesmo río de la Plata, por adelantado y gobernador, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, natural de Jerez, el cual, como en otra parte tengo dicho, habia hecho milagros. Llevó cuatrocientos españoles y cua-

renta y seis caballos. No se hubo bien con los españoles de don Pedro que allá estaban, ni aun con los indios, y enviáronlo preso á España con informacion de lo que hiciera. Pidieron gobernador los que le trujeron, y diéronles á Juan de Sanabria, de Medellin; el cual se obligó de llevar trescientos hombres casados á su costa, porque le diese cada uno dellos por sí, y por sus hijos y mujeres, siete ducados y medio. Murió Juan de Sanabria en Sevilla aderezando su partida, y mandaron en consejo de Indias que fuese su hijo. Tienen muchos por buena gobernacion esta, porque hay allí muchos españoles hechos á la tierra, los cuales saben la lengua de los naturales, y han hecho un lugar de dos mil casas, en que hay muchos indios é indias cristianadas, y está cien leguas de la mar á la ribera de mediodía, en tierra de Quirandies, hombres como jayanes, y tan ligeros, que corriendo á pié toman á manos los venados, y que viven cient y cincuenta años. Todos los deste rio comen carne humana, y van casi desnudos. Nuestros españoles visten de venado curtido con sain de peces, después que se les rompieron las camisas y sayos. Comen pescado, que hay mucho y gordo, y es principal vianda de los indios, aunque cazan venados, puercos, javalis, ovejas como del Perú, y otros animales. Son guerreros: usan los deste rio traer en la guerra un pomo con recio y largo cordel, con el cual cogen y arrastran al enemigo para sacrificar y comer. Es tierra fertilísima; ca Sebastian Gaboto sembró cincuenta y dos granos de trigo en setiembre, y cogió cincuenta mil en diciembre. Es sana, aunque á los principios probaba los españoles, y echábanlo al pescado; mas engordaban infinito después con ello mismo. Hay peces puercos y peces hombres, muy semejables en todo al cuerpo humano. Hay tambien en tierra unas culebras que llaman de cascabel, porque suenan así cuando andan. Hay muestra de plata, perlas y piedras. Llamán á este rio de la Plata y de Solis, en memoria de quien lo descubrió. Tiene de boca veinte y cinco leguas y muchas islas, que tanto hay del cabo de Santa María al cabo Blanco; los cuales están en treinta y cinco grados mas allá de la Equinocial, cual mas, cual menos. Cresce como el Nilo, y pienso que á un mesmo tiempo. Nace en el Perú, y engruésanlo Abancay, Vilcas, Purina y Jauja, que tiene sus fuentes en Bombon, tierra altísima. Los españoles que moran en el rio de la Plata han subido tanto por él arriba, que muchos dellos llegaron al Perú en rastro y demanda de las minas de Potosí.

Puerto de Patos.

Seria muy largo de contar los rios, puertos y puntas que hay desde cabo de Sant Augustin al rio de la Plata; y así, no poné mas de lo que baste á señalar la costa, trecho á trecho, casi por un igual. Golfo de Todos Santos, Cabo de los Bajos, que cae á diez y ocho grados; Cabo Frio, que es casi isla, y baja setenta leguas, y está en veinte y dos grados y medio; punta de Buen-Abrigo, por do pasa el trópico de Capricorno, y por do atraviesa la raya de la demarcacion; cosa que le hace muy notable. Tiene, segun nuestra cuenta, el rey de Portugal en esta tierra cerca de cuatrocientas leguas norte á sur, ciento y setenta este oeste, y mas de se-

tecientas de costa. Es tierra de infinito brasil y aun de perlas, á quanto dicen algunos. Los hombres son grandes, bravos y comen carne humana. Puerto de Patos está en veinte y ocho grados, y tiene frontero una isla que llaman Santa Catalina. Nombráronlo así por haber infinitos patos negros sin pluma, y con el pico cueruo, y gordísimos de comer peces. El año de 38 aportó allí una nao de Alonso Cabrera, que iba por veedor al rio de la Plata, el cual halló tres españoles que hablaban muy bien aquella lengua, como hombres que habian estado allí perdidos desde Sebastian Gaboto. Fray Bernaldo de Armenta, que iba por comisario, y otros cuatro frailes franciscos, comenzaron á predicar la santa fe de Cristo, tomando por farantes aquellos tres españoles, y bautizaron y casaron hartos indios en breve tiempo. Anduvieron muchas leguas convirtiendo, y eran bien recibidos donde quiera que llegaban, porque tres ó cuatro años antes habia pasado por allí un indio santo, llamado Otiguara, pregonando cómo presto llegarían cristianos á predicarles; por tanto, que se aparejasen á recibir su ley y su religion, que santísima era, dejando las muchas mujeres, hermanas y parientas, y todos los otros aborrecibles vicios. Compuso muchos cantares, que cantan por las calles, en alabanza de la inocencia. Aconsejó que tratasen bien á los cristianos, y fué. Por la amonestacion deste creyeron luego la palabra de Dios, y se bautizaron, y aun antes habian hecho mucha honra á los españoles que vinieron buyendo allí del rio de la Plata, de un reencuentro que con indios hubieron. Barriantes el camino, y ofrecianles comida, plumajes é incienso como á dioses.

Negociacion de Magallanes sobre la Especiería.

Fernando Magallanes y Ruy Falero vinieron de Portugal á Castilla á tratar en consejo de Indias que descubrirían, si buen partido les hiciesen, las Malucas, que producen las especias, por nuevo camino y mas breve que no el de portugueses á Calicut, Malaca y China. El cardenal fray Francisco Jimenez de Cisneros, gobernador de Castilla, y los del consejo de Indias les dieron muchas gracias por el aviso y voluntad, y gran esperanza que venido el rey don Carlos de Flándes, serían muy bien acogidos y despachados. Ellos esperaron con esta respuesta la venida del nuevo rey, y entre tanto informaron asaz bastantemente al obispo don Juan Rodriguez de Fonseca, presidente de las Indias, y á los oidores, de todo el negocio y viaje. Era Ruy Falero buen cosmógrafo y humanista, y Magallanes gran marinero; el cual afirmaba que por la costa del Brasil y rio de la Plata habia paso á las islas de la Especiería, mucho mas cerca que por el cabo de Buena-Esperanza. A lo menos antes de subir á setenta grados, segun la carta de marear que tenia el rey de Portugal, hecha por Martin de Bohemia, aunque aquella carta no ponía estrecho ninguno, á lo que oí decir, sino el asiento de los Malucos; si ya no puso por estrecho el rio de Plata ó algun otro gran rio de aquella costa. Mostraba una carta de Francisco Serrano, portugués, amigo ó pariente suyo, escrita en los Malucos, en la cual le rogaba que se fuese allá si queria ser presto rico, y le avisaba cómo se habia ido de la India á Java, donde se casara, y después á las

Malucas por el trato de las especias. Tenia la relacion de Luis Berthoman, boloñés, que fué á Bandan, Borney, Bachian, Tidore y otras islas de especias, que caen so la Equinocial, y muy lejos de Malaca, Zamotra, Chantam y costa de la China. Tenia tambien un esclavo que hubo en Malaca, que por ser de aquellas islas lo llamaban Enrique de Malaco, y una esclava de Zamotra, que entendia la lengua de muchas islas; la cual hubiera en Malaca. Otras cosas fingia él por ser creído, como en el viaje lo mostró, presumiendo que aquella tierra volvia hácia poniente, á la manera que á levante la de Buena-Esperanza, pues ya Juan de Solis habia navegado por allá hasta ponerse en cuarenta grados del otro cabo de la Equinocial, llevando la proa algo á la puesta del sol. E ya que por aquella enderecera no hallase paso, que costearo toda la tierra, iria á salir al cabo que responde al de Buena-Esperanza, y descubriria nuevas y muchas tierras, y camino para la Especiería, como prometia. Era larga esta navegacion, difícil y costosa, y muchos no la entendían, y otros no la creían. Emperó los mas le daban fe, como á hombre que habia estado siete años en la India y trato de las especias; y porque siendo portugués, decían que Zamotra, Malaca y otras mas orientales tierras, donde se ferian las especias, eran de Castilla, y cabían á su parte bien dentro de la raya que se tenia de echar por trescientas y setenta leguas mas al poniente de las islas de Cabo-Verde ó Azores. Afirmaban asimismo que las Malucas estaban no muy lejos de Panamá y golfo de Sant Miguel, que descubriera Vasco Nuñez de Balboa. Decían cómo en aquellas tierras é islas que pertenecían al rey de Castilla habia minas y arenas de oro, perlas y piedras, allende la mucha canela, clavos, pimienta, nueces muscadas, jengibre, rui-barbo, sándalo, cámbora, ámbar gris, almizcle, y otras infinitas cosas de gran valor y riqueza, así para medicina como para gusto y deleite. Los del consejo de Indias, oídas y bien pensadas todas estas cosas, aconsejaron al rey don Carlos, que aun no era emperador, en llegando á España, que hiciese lo que le suplicaban aquellos portugueses. El Rey les dió sendos hábitos de Santiago y la gente y navíos que pidían, no obstante que los embajadores del rey don Manuel le dijeron muchos males dellos, como de hombres desleales á su rey, y que le harían mil engaños y trampas. Ellos dieron suficientes desculpas y satisfacion de sí, y aun quejas del rey don Manuel; mas prometieron de no ir á las Malucas por su camino. Y con tanto quedó algo contento el rey don Manuel, pensando que no habian de hallar otro paso ni navegacion para la Especiería, sino la que él hacia. Hiciéronse pues los poderes, libranzas y despachos para su viaje en Barcelona, y fuéron con ellos á Sevilla, donde se casó Magallanes con hija de Duardo Barbosa, portugués, alcaide de las atarazanas, y enloquesció Ruy Falero, de pensamiento de no poder cumplir con lo prometido, ó como dicen otros, de puro descontento por enojar y deservir á su rey. En fin, él no fué á los Malucos.

El estrecho de Magallanes.

Los de la casa de la Contratacion armaron cinco naos; basteciéronlas muy cumplidamente de bizcocho, hari-

na, vino, aceite, queso, tocino y cosas así de comer, y de muchas armas y rescates; hicieron docientos soldados, y todo á costa del Rey. Partió con tanto Magallanes de Sevilla por agosto, y de Sant Lúcar de Barrameda á 20 de setiembre, año de 1519, y casi tres años después que comenzó á negociar en Castilla esta empresa. Llevó docientos y treinta y siete hombres, entre soldados y marineros, de los cuales algunos eran portugueses; la nao capitana se nombraba Trinidad, y las otras Sant Anton, Vitoria, Concepcion y Santiago; iba por piloto mayor Juan Serrano, experto marinero. De Sant Lúcar fué á Tenerife, una de las Canarias, y de allí á las islas de Cabo-Verde, y dellas al cabo de Sant Augustin por entre mediodía y poniente; ca su intento era seguir aquella costa hasta topar estrecho ó ver dónde paraba, costearo muy bien la tierra. Estuvieron muchos dias en tierra de veinte y dos y veinte y tres grados allende la Equinocial, comiendo cañas de azúcar y antas, que parescen vacas; lo mejor que rescataron fué papagayos. Comen los de allí pan de madera rallada y carne humana; visten de pluma con largas colas, ó van desnudos; agujéranse las mejillas y bezos bajeros, como las orejas, para traer allí piedras y huesos; pintanse todos; ellos no traen barba ni ellas pelos, ca se los quitan con arte y maestría; duermen en hamacas de cinco en cinco, y aun de diez en diez, hombres con sus mujeres, tan grandes son aquellas camas y tal su costumbre y hermandad; usan vender sus hijos; las mujeres siguen á sus maridos cargadas de pan ó flechas, y los hijos de redes. Llegaron postrero de marzo á una bahía que está en cuarenta grados, donde invernaron aquellos cinco meses siguientes de abril, mayo, junio, julio y agosto, que, como el sol entonces anda por acá, reina el frio allí, nevando reciamente. Fueron algunos españoles á mirar qué tierra y gente fuese, y sacaron espejos, cascabeles y otras cosillas de hierro, cuero y vidrio para rescatar. Los indios se llegaron á la marina, maravillados de tan grandes navíos y de tan chicos hombres. Metían y sacábanse por el garguero una flecha para espantar los extrangeros, á lo que mostraban, aunque dicen algunos que lo usan para gomitir estando hartos, y cuando han menester las manos ó los piés. Traían corona como clérigo, y el demás cabello largo y trenzado con un cordel, en que suelen atar las saetas yendo á caza ó guerra; venían con abarcas y vestidos de pellejas, y algunos muy pintados; todo lo cual, especial en jayanes como ellos, ponía temor, quanto mas admiración. Comenzaron á entrar en plática por señas, que no aprovechaba hablar; nuestros españoles les convidaban á las naos, y ellos á los nuestros á su casa; en fin, fueron siete arcabuceros dos leguas dentro en tierra á una casilla tejada de cuero y en medio un espeso bosque; la cual estaba repartida en dos cuartos, uno para hombres y otro para mujeres y niños. Vivían en ella cinco gigantes y trece mujeres y muchachos; todos mas negros que requiere la frialdad de aquella tierra. Dieron de cenar á los nuevos huéspedes una anta mal asada, ó asno salvaje, sin beber gota, y sendos zamarrones en que dormir, y echáronse al calor del fuego. Estuvieron todos aquella noche alerta, recatándose unos de otros; en la mañana les rogaron mucho los

nuestros que se fuesen con ellos á ver las naves y capitán; y como rehusaban, asíéronles para llevarlos por fuerza á que los viese Magallanes. Ellos se enojaron mucho desto; entraron al aposento de las mujeres, y dende á poco salieron pintadas las caras muy fea y fieramente con muchos colores, y cubiertos con otras pellejas extrañas hasta media pierna, y muy feroces blandaban sus arcos y flechas, amenazando los extranjeros si no se iban de su casa. Los españoles dispararon por alto un arcabuz para los espantar; los jayanes entonces quisieron paz, asombrados del trueno y fuego, y fueron los tres dellos con los siete nuestros. Andaban tanto, que los españoles no podían atener con ellos, y con achaque de ir á matar una fiera que pacía cerca del camino, huyeron los dos; el otro que no pudo descabullirse entró en la nao capitana. Magallanes le trató bien porque le tomase amor; él tomó muchas cosas, aunque con zuno; bebió bien del vino, hubo pavor de verse á un espejo; probaron qué fuerza tenía, y ocho hombres no lo pudieron atar; echáronle unos grillos, como que se los daban para llevar, y entonces bramaba; no quiso comer, de puro coraje, y murióse. Tomaron para traer á España la medida, ya que no podían la persona, y tuvo once palmos de alto; dicen que los hay de trece palmos, estatura grandísima, y que tienen disformes pies, por lo cual los llaman patagones. Hablan de papo, comen conforme al cuerpo y temple de tierra, visten mal para vivir en tanto frío, atan para adentro lo suyo, tiñense los cabellos de blanco, por mejor color, si ya no fuesen canas; alcoholáanse los ojos, pintanse de amarillo la cara, señalando un corazón en cada mejilla; van, finalmente, tales, que no semejan hombres. Son grandes flecheros, persiguen mucho la caza, matan avestruces, zorras, cabras monteses muy grandes, y otras fieras. Salió allí en tierra Magallanes, é hizo cabañas para estar; mas, como no había lugares ni gente, á lo menos no parecía, pasaban triste vida. Padeían frío y hambre, y aun murieron algunos della; ca ponía Magallanes grande regla y tasa en las raciones, porque no faltase pan. Viendo la falta, necesidad y peligro, y que duraban mucho las nieves y mal tiempo, rogaron á Magallanes los capitanes de la flota y otros muchos que se volviese á España, y no los hiciese morir á todos buscando lo que no había, y que se contentase de haber llegado donde nunca español llegó. Magallanes dijo que le sería muy gran vergüenza tornarse de allí por aquel poco trabajo de hambre y frío, sin ver el estrecho que buscaba ó el cabo de aquella tierra, y que presto se pasaría el frío, y la hambre se remediaría con la orden y tasa que andaba, y con mucha pesca y caza que hacer podían; que navegasen algunos días, venida la primera vera, hasta subir á sesenta y cinco grados, pues se navegaban Escocia, Noruega y Islandia; y pues había llegado cerca de allí Américo Vespucio, y si no hallasen lo que tanto deseaba, que se volvería. Ellos y la mayor parte de la gente, suspirando por volverse, le requirieron una y muchas veces que, sin ir mas adelante, diese vuelta; Magallanes se mucho enojó dello, y mostrándoles dientes, como hombre de ánimo y de honra, prendió y castigó algunos. Revolvióse la heria, diciendo que aquel portugués los llevaba á morir por con-

graciarse con su rey, y embarcáronse. Embarcáse también Magallanes, y de cinco naos no le obedecían las tres, y estaba con gran miedo no le hiciesen alguna afrenta ó mal. Estando en esta cuita, vino hácia su nao una de las otras amotinadas cazando de noche y sin advertencia de los marineros; él, aunque al principio tuvo temor, reconoció lo que era, y tomóla sin escándalo ni sangre, y luego se le rindieron las otras dos. Justicia á Luis de Mendoza y á Gaspar Casado y á otros; echó y dejó en tierra á Juan de Cartagena y á un clérigo, que debía revolver el hato, con sendas espadas y una talega de bizcocho, para que allí, ó se muriesen ó los matasen; publicó que lo querían matar. Con esta inhumano castigo allanó los demás, y se partió de Sant Julian día de Sant Bartolomé. Como miraba las ensenadas para ver si eran estrecho, tardaba mucho en cada parte que llegaba. Cuando emparejó con la punta de Santa Cruz, vino un torbellino que llevó en peso la menor nao sobre unas peñas; quebróla, y salvóse la gente, ropa y jarcias. Tuvo entonces Magallanes miedo grandísimo, y anduvo desatinado como quien andaba á tienta; estaba el cielo turbado, el aire tempestuoso, la mar brava y la tierra helada. Navegó empero treinta leguas, y llegó á un cabo que nombró de las Vírgines, por ser día de Santa Ursula. Tomó el altura del sol, y hallóse en cincuenta y dos grados y medio de la Equinocial, y con hasta seis horas de noche. Parecióle gran cala, y creyendo ser estrecho, envió las naves á mirar, y mandóles que dentro de cinco días volviesen al puesto. Volvieron las dos, y como tardase la otra, embocóse por el estrecho. La nao Sant Anton, cuyo capitán era Alvaro de Mezquita, y piloto Estéban Gomez, no vio las otras cuando volvió al cabo de las Vírgines; soltó los tiros, hizo ahumadas y esperó algunos días. Alvaro de Mezquita quería entrar por el estrecho, diciendo que por allí iba su tío Magallanes. Estéban Gomez, con casi los demás, deseaba volverse á España, y sobre ello dió al Alvaro una buena cuchillada, y lo echó preso, acusándole que fué consejero de la crueldad de Cartagena y del clérigo de misa, y de las muertes y afrentas de los otros castellanos; y con tanto, dieron vuelta. Traían dos gigantes que se murieron navegando, y llegaron á España ocho meses después que dejaron á Magallanes; el cual tardó mucho en pasar el estrecho, y cuando se vió del otro cabo, dió infinitas gracias á Dios. No cabía de gozo por haber hallado aquel paso para el otro mar del Sur, por do pensaba llegar presto á las islas del Maluco; tenía por dichoso; imaginaba grandes riquezas; esperaba muchas y muy crecidas mercedes del rey don Carlos por aquel tan señalado servicio. Tiene este estrecho ciento y diez leguas, y aun algunos le ponen ciento y treinta; va derecho leste oeste; y así, están ambas sus dos bocas en una misma altura, que cincuenta y dos grados es y medio. Es ancho dos leguas, y mas también, y menos en algunas partes; es muy hondable; crece mas que mengua, y corre al sur; hay en él muchas islejas y puertos. Es la costa por entrambos lados muy alta y de grandes peñascos; tierra estéril, que no hay grano; y fría, que dura la nieve casi todo el año, y aun algunos contaban que había nieve azul en ciertos lugares, lo cual debe ser de vieja, ó por estar sobre cosa

de tal color. Hay grandes árboles y muchos cedros, y ciertos árboles que llevan unas como guindas. Criáanse avestruces y otras grandes aves, muchos y extraños animales; hay sardinas, golondrinos que vuelan y que se comen unos á otros, lobos marinos, de cuyos cueros se visten; ballenas, cuyos huesos sirven de hacer barcas, las cuales también hacen de cortezas, y las calafetean con estiércol de autas.

Muerte de Magallanes.

Como acabó Magallanes de pasar el estrecho, volvió las proas á mano derecha, y tiró su camino casi tras el sol para dar en la Equinocial; porque debajo della ó muy cerca tenía de hallar las islas Malucas, que iba buscando. Navegó cuarenta días ó mas sin ver tierra. Tuvo gran falta de pan y de agua; comían por onzas; bebían el agua atapadas las narices por el hedor, y guisaban arroz con agua del mar. No podían comer, de hinchadas las encías; y así murieron veinte y adolecieron otros tantos. Estaban por esto muy tristes, y tan descontentos como antes de hallar el estrecho. Llegaron con esta cuita al otro trópico, que es imposible, y á unas isletas que los desmayaron, y que las llamaron Desventuradas por no tener gente ni comida. Pasaron la Equinocial y dieron en Invagana, que nombran de Buenas-Señales, donde amansaron la hambre; la cual está en once grados y tiene coral blanco. Toparon luego tantas islas, que les dijeron el Archipiélago, y á las primeras, Ladrones, por hurtar los de allí como gitanos; y aun ellos decían venir de Egipto, segun refería la esclava de Magallanes, que los entendía. Précianse de traer los cabellos hasta el ombligo, y los dientes muy negros, ó colorados de areca, y ellos hasta el tobillo, y se los atan á la cinta; y sombreros de palma muy altos y bragas de lo mismo. Llegaron en conclusion, de isla en isla, á Zebut, que otros nombran Subo; en las cuales moran sobre árboles, como picazas. Puso Magallanes banderas de paz, desparó algunos tiros en señal de obediencia; surgió allí en Zebut, á diez grados ó poco mas acá de la Equinocial, é hizo sus mensajeros al rey con un presente y cosas de rescate. Hamabar, que así se llamaba el Rey, tuvo placer de su llegada, y respondió que saliese á tierra mucho enhorabuena. Salió pues Magallanes, y sacó muchos hombres y mercadería. Armaron una gran casa con velas y ramos en la marina, donde se dijo misa el día de la Resurrección de Cristo; la cual oyeron el Rey y otros muchos isleños con atención y alegría. Armaron luego un hombre de punta en blanco, y diéronle muchos golpes de espada y botes de lanza, para que vieses cómo no había fierro ni fuerzas que bastasen contra ellos: los de la isla se maravillaron de lo uno y de lo otro; mas no tanto cuanto los nuestros pensaron. Dió Magallanes á Hamabar una ropa larga de seda morada y amarilla, una gorra de grana, dos vidrios y algunas cuentas de lo mismo. Dió á un sobrino y heredero suyo una gorra, un paño de Holanda y una taza de vidrio, que tuvo en mucho, pensando ser cosa fina. Predicóles con Enrique, su esclavo, é hizo amistad, tocando las manos al Rey y bebiendo. Al tanto hizo Hamabar, y dióle arroz, mijo, higos, naranjas, miel, azúcar, jengibre, pan y vino de arroz, cuatro puercos,

cabras, gallinas y otras cosas de comer, y muchas frutas que no las hay en España, y certinidad de las Malucas y Especiería, que fué lo principal. Convidólos después á comer, y fué gentil banquete. Fué tal la amistad, plática y conversacion, que se bautizó el Rey con mas de ochocientas personas. Llamóse Hamabar Carlos, como el Emperador; la reina, Juana; la princesa, Catalina, y el heredero, Fernando. Sanó Magallanes otro sobrino del Rey, que tenía calenturas dos años había, y aun dicen algunos que era mudo. Por lo cual se bautizaron todos los de Zebut y otros ochocientos de Masana, isla, cuyo señor se llamó Juan; la señora, Isabel, y Cristóbal un moro que iba y venía á Calicut, y que certificó á Hamabar de la grandeza del emperador Carlos, rey de Castilla, y de lo que era el rey de Portugal. Envió mensajeros Hamabar á las islas comarcanas, á recuesta de Magallanes, rogándoles que viniesen á tomar amistad con tan buenos hombres como los cristianos. Vinieron de algunas pequeñas, por ver el sano y á quien lo sanara con solas palabras y agua; ca lo tuvieron por milagro, y ofreciéronse por del rey de Castilla. Los de Mautan, que es otra isla y pueblo cuatro leguas de allí, no quisieron venir, ó no osaron por amor de Cilapulapo, su señor. Al cual envió Magallanes á rogar y requerir que viniese ó enviase á reconocer al Emperador con algunas especies y vituallas. Respondió Cilapulapo que no obedecería á quien nunca conoció, ni á Hamabar tampoco; mas, por no ser habido por inhumano, que le daba aquellas pocas cabras y puercos que podía. Pasó Magallanes allá con cuarenta compañeros, y después de muchas pláticas quemó á Bulaia, lugar pequeño de moros. Afrentados dello a aquellos de Mautan, pensaron en la venganza; y Zula, caballero principal, envió, como en gran secreto, ciertas cabras á Magallanes, rogándole que lo perdonase, pues no podía mas por causa de Cilapulapo, que contradecía la paz y contratacion; y que, ó fuese, ó le enviase algunos españoles bien armados que resistiesen á su contrario, y que le daría la isla. Magallanes, no entendiendo el engaño, fué allá de noche con sesenta compañeros bien apercebidos, en tres bateles, y con Carlos Hamabar, que llevó treinta barcas, dichos juncos, llenas de isleños. Quisiera combatir luego á Mautan; mas por lo que obligado era, envió primero á decir á Cilapulapo con Cristóbal, moro, que fuesen amigos. El respondió bravamente. Sacó tres mil hombres al campo, repartiólos en tres escuadras, púsose cerca del agua, y dejó pasar la priesa de los tiros y arcabucés. Salió Magallanes á tierra con cincuenta españoles, el agua á la rodilla; ca por las piedras no pudieron arribar las barcas. Mandó descargar las piezas de fuego y arcabucería, arremetiendo él á los enemigos. Como los vió quedos y sin daño, se tuvo por perdido, y se tornara si cobardía no le pareciera. Andando en la pelea conoció el daño de los suyos, y mandóles retirar. Peleaban gentilmente los mautaneses; y así, mataron algunos zebutines y ocho españoles con Magallanes, é hirieron veinte, los mas con yerba y en las piernas, ca les tiraban á ellas, viéndolas desarmadas. Cayó Magallanes de un cañazo que le pasó la cara, teniendo ya caída la celada, á golpes de piedras y lanzas y una herida de yerba en la pierna. También le dieron una lanzada, aunque después